

bien estaba rodeada de más de dos manzanas de terreno sembradas de café en completo abandono, él no quería salir fuera de las habitaciones; deseaba huir de las miradas de todos, hasta de sus rústicos vecinos; que á buen seguro no le hubieran visto, pues la casita no lindaba con el camino real; estaba separada de éste, por un cuadro de terreno que mediría unas veinte varas y que en otro tiempo debió estar dedicado á jardín, pues aún se veían algunas que otras matas de flores, rosales especialmente, de hojas polvorientas y ramas enlazadas unas con las otras por infinitas telas de araña, de donde pendían como brillantes, todas las auroras, transparentes gotas de rocío.

Quince días pasó Ricardo sin salir ni una sola vez de su casa. Al fin cierta noche, ya muy tarde, se decidió á dar un paseo

por el cafetal. La luna que ya se redondeaba para hacer llena, vertía desde el infinito su luz pálida y convidaba á la meditación. Más de tres horas estuvo paseándose por aquel laberinto de ramas, hundidos los pies entre la hierba, sin más ruidos que los de las hojas secas que chasqueaban al pisarlas y el chirrear de las chicharras, que preludaban su monótono son, alcanzando á cada momento notas más altas en su escala sin término. Las noches siguientes repitió el paseo; complaciale meditar y recorrer el pasado en aquella soledad, entre los cafetos que se balanceaban acompasadamente mecidos por la brisa y bañados por la lluvia de plata que regaba la luna desde lo alto. Evocando recuerdos encontraba placer en la misma amargura que le producían. Por momentos escapábanse de su mente todas las

ideas; su ser pensante parecía muerto: entonces se entretenía en ver los dibujos que trazaba la luz sobre la tierra al filtrarse entre las hojas. Estos descansos reanimaban su imaginación para hacerla volver, más activa, más vigorosa sobre el pasado: veía con admirable claridad su infancia, llena de halagos y mimos; á su padre siempre á su lado, adivinando sus deseos, satisfaciendo sus caprichos, esclavizado por el niño que llenaba su vida. Este recuerdo entristecía tanto su corazón que le hacía llorar. Su padre había llegado hasta el crimen por el amor inmenso que le profesaba. Entonces la figura de aquel hombre encarcelado, escarnecido por el mundo y señalado como un criminal, aparecía á sus ojos, transfigurada, sublime, adorable. De este recuerdo, no sin trabajo, saltaba á otros que le eran

gratos. Evocaba sus amoríos; qué linda era Luisita su primera novia, una rubia adorable, y Margarita y Enriqueta; pero la que se presentaba con colores más vivos era Elvira, una linda criatura que acababa de bajarse el traje y de entrar en sociedad, un hermoso tipo de morena: ardiente, de ojos negros y deslumbradores; con su boca purpúrea y su cuerpo de Diana. Era la última que había hecho latir su corazón, aunque no había tenido tiempo de amarla y por lo mismo dibujábase en su alma circundada por la aureola de un ensueño. Después, á lo último, pensaba en sus amigos. ¿Era posible que todos le hubieran olvidado? Juan, íntimo amigo suyo, que le debía tantos favores; y Enrique, á quien había salvado de un conflicto cuando murió su madre; y todos los compañeros de club, los que jugaban

con él y paseaban con él y se sentaban á su mesa y hacían uso de sus carruajes y de sus caballos. Todos, todos eran lo mismo, unos infames. El corazón de Ricardo tornaba á oprimirse ante tanta ingratitud. Cansado de recordar y de sufrir se dirigía á su cuarto para buscar en el sueño el consuelo del olvido.

VIII

Después de algún tiempo Ricardo sintió necesidad de sol. Sus paseos nocturnos es cierto que aliviaban y hasta cicatrizaban las heridas de su alma; pero su cuerpo iba desmejorándose y languideciendo. La palidez de los claustros, hija de las sombras, cubría su rostro; grandes y violáceas ojeras circundaban sus párpados y una delgadez excesiva había descarnado sus facciones hasta el límite de la demacración. Le hacía falta el aire puro del día en plena libertad. Para gozarlo sin reservas dispuso levantarse muy temprano, con el alba, antes de que el mundo trabajador despertara á sus

faenas. Lo que deseaba era no ser visto de nadie.

El primer día se aburrió tanto que decidió, en lo de adelante, dedicar esas primeras horas al cultivo del jardín. En medio de la luz indecisa del amanecer, comenzó sus tareas: regó las plantas; lavó sus hojas polvorientas; desgarró y arrancó las telas de araña que las cubrían y removió la tierra dura y agrietada por los ardores del sol.

Las plantas abandonadas, olvidadas tanto tiempo, al influjo de la mano cariñosa que las cuidaba ranacieron á una nueva y exuberante vida. Las hojas crecían, se multiplicaban, salían fuera de las ramas á beber luz, calor, aire, riego; los retoños brotaban por todas partes; de un verde pálido en casi todas las plantas, en los rosales rojos oscuros como heces de vino:

nacían potentes, llenos de savia, demostrando su vigor desde que apuntaban en yemas, hasta que explotaban magníficos en un ramillete de hojas; los capullos remataban todos los extremos, apiñados, fuertes. Diríase que las plantas deseaban mostrar su gratitud prometiendo una espléndida y variada floración.

Cada hoja, cada retoño, cada capullo, eran un nuevo motivo de satisfacción para Ricardo. El vago entretenimiento de los primeros días acabó por tomar en él las proporciones de una pasión. Hondamente encariñado con sus flores, le parecía imposible vivir sin ellas. Ponía sostenes á las ramas débiles que se inclinaban á la tierra; abonaba el pie de cada planta; disponía escalerados para que enredasen á gusto las trepadoras; perseguía con calor á los insectos dañinos y cada mañana dedicaba más

tiempo al cultivo del jardín. Gozaba viendo á la salida del sol, cómo al beso tibio de sus fulgores, los tallos, las ramas, las hojas parecían agitarse en un estremecimiento de placer, mientras brotaba de todas partes un sordo murmullo, como si muy piano entonara la naturaleza un himno de salutación.

La vez primera que fué sorprendido en sus tareas por el viejo astro, una ola de rubor bañó su rostro y un sentimiento de vergüenza se apoderó de su alma. Por la calle se veían ir y venir hombres y mujeres que se dirigían al trabajo y el solitario se afligió á la vista de aquellas gentes. Dejó caer de su mano la podadora que llevaba sujeta á la cintura por un bramante, la regadera que sostenía con la otra mano la depositó al pie de un rosal, y con paso rápido, cauteloso, paso de felino, se dirigió á

su prisión como si le hubieran sorprendido en el instante preciso de cometer un crimen.

Todo el día lo pasó descontento y malhumorado. Aquellas gentes extrañas—pedazo de humanidad indiferente—que cruzaban el camino para ir á su eterna labor impulsadas por la necesidad, sin saberlo, sin desearlo, habían turbado su tarea en el momento más importante, cuando comenzaba á arreglar la más hermosa y más querida de sus plantas, un rosal robusto, grande, que parecía doblegarse al peso de sus capullos. Tales interrupciones no podían, no debían repetirse; era privarlo del único placer que le quebaba. Ah! no, él procuraría ocultarse detrás de los follajes para que no le vieran; pero no cortaría el hilo de sus labores. ¿Y si le veían? ¿Qué importaba? Seres infelices, eternos machacadores en el yunque

de la miseria, ignoraban su historia, no le conocían, tal vez ni se cuidaban de verle, soñolientos y preocupados como trillaban su camino.

Desde aquel entonces ya no puso término á sus tareas de floricultor. Trabajaba con empeño loco, una, dos, tres, ó más horas, hasta que el sol escalando el cenit, soberbio en su plenitud de ascua, parecía quemar sus carnes é incendiar su cabeza.

IX

Las preocupaciones, el tenaz empeño de no ser visto fueron con el tiempo disipándose en el alma de Ricardo. Se dedicaba á sus trabajos de floricultura sin cuidarse de la gente que, sobre todo en las primeras horas de la mañana, cruzaba por la calle. Mas bien solía detener sus miradas en las mujeres jóvenes, algunas de ellas muy bonitas: frescas, rosadas, llevando sobre su piel la casi imperceptible sombra que dejan los calcinantes besos del sol. Su corazón se enternecía en presencia de aquellas virginidades, de aquellas juventudes primitivas. Le parecía que en la esfera social á que

pertenecían las mujeres que llamaban su atención, no existían todos los sinsabores, los desencantos y las penas que en aquel momento le atormentaban. Sueños idílicos, ilusiones de enlaces pastoriles, pasaban por su mente, casi condensándose en la forma de tímidos deseos, de realizables aunque remotas esperanzas. Pensaba en no abandonar su casita de campo; en olvidarse de las pasadas pompas y grandezas. Allí, en unión de su padre, y quién sabe, tal vez en la de una mujer buena, sencilla, modesta, acabaría su existencia. Acaso esa era la única felicidad que aun podía esperar en este mundo. Sus sueños tejidos y entrettejidos, acababan por tener la suavidad de una caricia adormecedora.

Una de tantas mañanas, mientras se entregaba á sus labores y á sus sueños, vió allá donde

se perdía el camino, esfumada por la leve nubecilla de polvo que levantaba el viento, la mancha rosada de un mantón de manila que brillaba herido por el sol. La persona que lo traía se acercaba y él la fué siguiendo con la vista. Pronto comprendió que no se trataba de una campesina, de una mujer cualquiera, sino de alguien que debía ocupar desahogada posición. Se ocultó detrás de un hermoso rosal agobiado por infinitos racimos de flores y se puso en acecho. No tardó en cruzar frente á la casa una joven de unos dieciséis años, alta, delgada, blanca, con su cabello obscuro partido en bandas á lo Virgen, tersa la frente de palidez de cera y ojos oscuros, unos ojos grandes de pestañas vueltas, párpados carnosos, ligeramente sombreados, cejas delgadas y en arco, verdaderos ojos de niño Dios. La

acompañaba un chiquillo como de doce años, vestido de dril, y con sus blancos pies descalzos que se hundían en el polvo con pisadas sin ruido. Cuando estuvieron frente al jardín, el muchacho volviéndose y señalando el rosal que estaba agobiado bajo el peso de sus corolas, dijo á su compañera:

—Mira Catita cuanta rosa, para llevarle al niño de Atocha! ¿Quieres que te corte unas?

La joven no tuvo tiempo de contestar porque el muchacho, diciendo y haciendo, se coló arrastrando el vientre contra el suelo para no pincharse con las púas de la cerca de alambre, alta la cabeza, el sombrero bien calado y haciendo, para pasar pronto, los movimientos de un reptil que se mete en su agujero.

Ricardo comprendió que iba á ser sorprendido y prefirió sa-

lir voluntariamente de su escondrijo. La joven y el muchacho palidieron de susto, pero él con suave acento y después de un saludo muy amable, dijo, como hablando con el muchacho:

—Celebro que me des el gusto de ofrecer á la señorita unas flores. Era una lástima que se perdieran en la mata. Dichosas ellas que van á ir á tan lindas manos.

Una ola de sangre cubrió el rostro de la muchacha hasta encender la misma palidez de su frente. Y una forzada sonrisa desplegó sus labios, dejando ver la fila de sus dientes intachables por lo blancos y lo parejos.

—Que muchacho!—dijo en tono de riña y agregó:

--Venimos á quitarle sus flores ¿quién sabe si Ud. las necesitaba?

Entre ambos se cruzaron palabras tímidas, frases entrecor-

tadas. Ella nerviosa volvía y revolvía entre sus dedos finos los flecos de su mantón; él cortaba, cortaba sin cesar, como el que ejecuta un acto inconsciente. De cuando en cuando arrojaba al suelo alguna flor á la que apenas había dejado tallo. Cuando hubo formado un hermoso ramillete, dijo á la joven clavando en ella una mirada indefinible, recuerdos de sus hermosos días de conquistador:

—Ya sabe Ud. que todo el jardín está á sus órdenes. Cuando quiera mandar por flores me dará un gran gusto.

El muchacho entre tanto se disponía á salir como había entrado; ya se tiraba de bruces, cuando Ricardo, sonriendo, repuso, á la vez que habría la puerta:

—Sal por aquí.

Y se quedó de pie al borde del camino, pálido el rostro, y

fija la mirada en el niño y la joven que lentamente se fueron perdiendo en las retorcidas y polvorientas curvas del camino.

X

Catalina ó Catita, como en la intimidad la llamaban, era una flor silvestre cultivada en invernadero. Su padre era un hombre del campo que habia logrado redondear una gran fortuna: era el prototipo del campesino costarricense: con una inteligencia intuitiva para los negocios; hábitos de economía á toda prueba y una laboriosidad infatigable. Tenía ya más de cincuenta mil pesos y aun se le veía guiando, por sí mismo, una de sus carretas, para llevar los productos de sus fincas al mercado y sólo las influencias del cura y los ruegos de su hija alcanzaron que consintiese en usar zapatos. Su

vestido continuaba siendo el mismo siempre, con apenas inapreciables reformas: chaqueta y pantalón de un gris aperlado; camisa de cuello bajo sin corbata; bolsillos de entrada oblicua; gran pañuelo de seda encarnado como la sangre de un toro, y ciñendo el abdomen que comenzaba á ser abultado, una banda también de seda, no menos encarnada que el pañuelo. Su esposa no había sido de más alto abolengo ni de más altos ideales. En cambio para sus hijos, el buen hombre deseaba todo lo contrario de lo que él y ella habían sido. Catalina, única hija mujer, constituía su mayor encanto, la profesaba verdadera adoración. Desde que era muy niña, comenzó á vestirla sin gusto: pero con suma riqueza y tan pronto como cumplió doce años, la envió al Colegio de Sión que era el que cuadraba mejor con

la índole de sus ideas religiosas y sus tendencias de elevar á la chiquilla.

El trato, la vida íntima de Catalina con las jovencitas de más alta sociedad la transformaron por completo, hasta en su figura física. Tomó elegantes modales, embellecidos por la suavidad propia de su carácter tímido; formóse gusto exquisito para vestir; la vida á la sombra suavizó y blanqueó su cutis tostado por el sol, y su cuerpo de gordo y pesado que era, con la entrada en la pubertad, se tornó esbelto, delgado y aristocrático. Las afectaciones y mojigaterías de las Madres no entraron en ella, como si la parte silvestre de su naturaleza se revelase contra aquellos refinamientos, de gran ciudad degenerada y enferma. Tampoco quiso pasar por los engaños de costumbre, á fin de envanecer á los padres y llenar

de gloria el plantel. No aprendió ruidosas y difíciles piezas al piano, sin tal vez ni deletrear los rudimentos de la solfa; ni quiso recitar versos en idioma extranjero, ni presentar bordados hechos por las Madres, verdaderos primores de urdimbre y habilidad. No sobresalió nunca, por más que sabía tanto como las demás: en cambio su estancia en el colegio sirvió para pulirla y aseñorarla.

Ella conocía desde antes á Ricardo, le había visto durante una distribución de premios el último año que estuvo en el Colegio de Sión. Una de sus compañeras, Luisa Martínez, recitaba con su vocecita de tiple y fingido acento nasal una fábula en francés, mientras el resto de las educandas, bajo la vigilancia de las Madres, estaban no lejos, examinando la numerosa concurrencia y conversando contra

lo previsto por el reglamento, muy quedo, con palabras que más se adivinaban que se oían. Entre los grupos de apuestos caballeros y elegantes damas, ataviadas con lindos trajes de seda y luciendo límpidos brillantes que explosionaban en ramilletes de chispas multicolores al contacto de la luz que oblicuamente entraba por las ventanas, estaba Ricardo, correcto, sonriente, decididor.

—Ves aquel joven que está junto á la señora vestida de negro, esa señora rubia, muy hermosa? Es Ricardo Valuart—le había dicho una de sus vecinas—el muchacho más rico y más simpático que hay en San José.

Así le conoció; pero ya en otras ocasiones había oído hablar de él. A las horas de recreo, las colegialas mayores se juntaban en grupo para hablar del

mundo alegre que se extendía fuera de los muros que las encerraban. Se discutían, ora con risible candidez y ora con asombroso conocimiento, asuntos de amor, noviazgos, relaciones libres y los nombres de algunos jóvenes pasaban entre el murmullo de la conversación, no pocas veces, acompañados de entusiasmados y cariñosos adjetivos. En una de estas reuniones oyó el nombre de Ricardo, unido á una historia un poquillo escandalosa, pero de esas que envuelven á los hombres de sociedad en una aureola de simpatía y atracción. Cuando le nombraron, Margarita, una morena desenvuelta y graciosa, dijo con la mayor naturalidad:

—Tan lindo que es ese muchacho, verdad?—Y al concluir la historia en que había pecaminosa debilidad de parte de una virgen, agregó con su mismo

aplomo de niña mimada y poco escrupulosa:

—La verdad es que yo hubiera hecho otro tanto.

Esto hacía que Catalina tuviese en su mente á un Ricardo endiosado por la boca de sus discípulas. Conocía lo del incendio, sabía que ya no era el ídolo de otro tiempo; pero para ella seguía siendo el mismo: un joven amable, seductor, que ocultaba en sus palabras el gérmen de los amores locos. No veía al Ricardo floricultor, en mangas de camisa, empolvado, con las manos llenas de tierra; lo veía encerrado en su levita de corte intachable, con su chaleco de color claro, su alto cuello, é inclinado graciosamente hacia el oído de la hermosa señora rubia, que sonreía al escuchar sus palabras y volvía de cuando en cuando la cabeza para envolverlo en una mirada abrasadora.

Él en cambio no recordaba haberla visto nunca; sabía quien era, no ignoraba que vivía cerca, pues había estado en su casa cierto día que su padre pasó á tratar con el de ella un negocio de café, al regreso de una de sus fincas; pero no había visto á la muchacha nunca, ni conocía su nombre propio. Probablemente, por la época de su visita ella estaría en el Colegio de Sión.

XI

Aquel día la imagen de Catalina, pasó muchas veces por la mente de Ricardo, radiante, luminosa; pero él como hombre de mundo, acostumbrado á las impresiones fuertes, á los amores rápidos, á los galanteos de una noche, acogía la visión con cierta indiferencia escéptica, más no sin saborear el intenso placer que le ocasionaba. Al llegar la noche se borró de su alma como si lo hubieran envuelto las sombras. Ideas y pensamientos, menos gratos, más hondos ocuparon su imaginación. Era la hora de sus tristes meditaciones. Recordó á su padre, víctima del amor inmenso que le profesaba, y le vió

en la cárcel, agobiado bajo el peso de su desgracia, pálido, decaído, sintiendo, tal vez, en su corazón las desgarrantes mordeduras del remordimiento. Después se ocupó de sus propios dolores: recapacitó en sus engaños. El olvido de sus amigos, que habían puesto sobre él la losa de un sepulcro, le arrancó una exclamación de profundo desprecio. Pero no eran ellos solos, quienes le habían vuelto la espalda en el momento de la prueba, también la señora de Pérez, aquella hermosa rubia, con quien le había visto Catalina en el Colegio de Sión, le abrumaba con su silencio y con su abandono. Sin embargo, aquella se había entregado en sus brazos con todo el ardor de su temperamento sanguíneo, y había engañado, por él, á su esposo, un buen hombre comerciante en telas; y más aún había mancha-

do la frente de su hijita mayor, una niña de cinco años, llevándola, para disimular, á una cita que tuvo con Ricardo en un jardín vecino á la capital. La niña perseguía mariposas y comía bombones, mientras su madre cosechaba besos y se entregaba á los deleites del amor, bajo el toldo verde y tupido de una enredadera. Todo esto lo había hecho, según ella misma decía á su amante en los momentos de pasión, porque le adoraba, porque estaba dispuesta á sacrificarlo todo por él: á su esposo, á sus hijos, su posición. Ah! si no le hubiese amado tanto, jamás se hubiera atrevido á recibirle un lindo y valioso aderezo de brillante, que en la opinión de su esposo había comprado con sus economías en los gastos de la casa. Y ella también le olvidaba. Su sacrificio había sido un negocio y sus pa-

labras una mentira. Ricardo ante el recuerdo de tanta miseria, se sintió aniquilado: dejó su asiento y febril, nervioso, comenzó á pasearse por la estancia, hasta que cansado de sufrir, sintió como que su ser pensante se paralizaba, y en busca de reposo se entregó al sueño.

Al día siguiente la imagen de Catalina reapareció en su mente. La comparó con las mujeres que conocía y la encontró superior. Aquella flor del campo, agena á las exigencias sociales, sin los artificios propios del mundo elegante, parecía incapaz de las falsedades y de los engaños. Un momento se detuvo en sus comparaciones; después, una leve sonrisa pasó por su boca sin desplegar sus labios y dijo para sí con su escepticismo de hombre elegante: Nó; todas son iguales, y trató de rechazar aquella sombra hermosa que le atraía, em-

prendiendo con más ahínco que nunca sus faenas de floricultor. Sin embargo á cada momento volvía sus ojos á la carretera con inquietud. Cuanco llegó la tarde sintió cierto inexplicable vacío en su corazón: estaba, descontento, malhumorado.

Los días siguientes, continuó en su estado de nerviosidad, de incertidumbre y sin poder apartar del todo el pertinaz recuerdo de la joven que ocupaba por momentos su imaginación. Al fin una tarde vió, como la vez anterior perdida entre el polvo del camino, una mancha azul celeste. ¿Sería ella cubierta con otro mantón? La precedían dos muchachos que tiraban de un carretillo tosco y mal construído. Sintió un estremecimiento en todo su ser: pero haciendo un esfuerzo de dominio sobre sí mismo, continuó su tarea, acaso no sería Catalina. La joven se acercaba:

era ella. Ricardo no pudo contenerse y se llegó al borde del camino.

—Al fin la vuelvo á ver—dijo con una explosión de alegría que le brotó del alma, pero al punto comprendió que había cometido una indiscreción y se ruborizó.

Su vida en la soledad; su apartamiento del mundo; su falta de roce social, habían dado á su naturaleza espontaneidad, independencia. Sin darse cuenta, acababa de decir lo que pensaba.

—No hace mucho tiempo que nos vimos—dijo ella con timidez.—Ocho días hoy justamente: cuando Ud. me regaló aquellas flores tan lindas.

—Hoy quiero darle otras mejores—repuso Ricardo,—para ver si de ese modo, logro que pase con más frecuencia. Tenía tanto deseo de volver á verla.

Hubo un momento de silencio. El comenzó á cortar unas

lindas rosas amarillas, admirables en su variedad de matices sobre un mismo color: la orla de los pétalos era de un amarillo casi blanco que se obscurecía al acercarse al centro: seguían color de paja, color de oro, color de naranja, hasta que el propio medio casi remataba en rojo.

Ella reanudó la conversación diciendo:

—Ahora tendré que hacer este camino todas las tardes. Hoy es primero de mayo y comienza el mes de la Virgen en Desamparados. No quiero perderlo porque soy hija de María.

Un destello de gozo iluminó las pupilas de Ricardo, que se apresuró á decir:

—En tal caso le ofrezco flores para que lleve todas las tardes á la Virgen.

Después siguieron conversando de cosas diversas. A cada momento el joven hallaba mo-

tivo para un galanteo, y ella enrojecía y dejaba caer como un velo de seda sus largas pestañas sobre sus divinos ojos. Entre tanto los muchachos aprovechando una ligera pendiente del camino, se habían metido, no sin trabajo, los dos en la carretilla y la dejaban rodar á su arbitrio, acompañando el descenso de gritos alegres y populares exclamaciones.



XII

En el alma de Catalina se había verificado una verdadera transformación. El encuentro con Ricardo, las atenciones de éste, el vivo placer que parecía sentir al verla, todo esto turbaba el cerebro de la joven y llenaba de alegría su corazón. Para ella Ricardo era el mismo de sus días espléndidos. No reflexionaba en la situación del joven, en su estado de ánimo, en nada. Su imaginación seguía viendo el galán adorable cuyas calaveradas se referían en un rincón del patio, entre las muchachas más distinguidas del Colegio de Sión; seguía siendo el hombre con quien soñaban las educan-

das y al que citaban como prototipo de elegancia, de distinción y de belleza. Bien recordaba que Margarita Núñez, niña apasionada y traviesa, la había dicho en cierta ocasión:

—Tan linda la boca de Ricardo Valuart, que dicha debe ser darle un beso—y la colegiala al decir esto sorbía fuerte y cerraba los ojos con un gesto de suprema voluptuosidad, como si en realidad estuviera haciendo lo que decía.

En efecto la boca de Ricardo, era una boca atrayente y provocativa, con sus labios carnosos y encendidos bajo el sedoso bigote negro, sus dientes blanquísimos y un cierto despliegue lánguido y sensual. Ahora que Catalina le veía todas las tardes al dirigirse al mes de María, había podido fijarse en ese detalle. Sin embargo, á ella no le producía la misma impresión volup-

tuosa que á Margarita. Le gustaba simplemente; pero prefería en el joven los ojos, unos ojos negros aterciopelados, vivos, luminosos. Al recibir las flores, que él todas las tardes le ofrecía para la Virgen, sentía al influjo de la mirada de aquellos ojos, una especie de desvanecimiento, de suave y adormecedora languidez. Y al contacto de su mano un leve temblor corría por todos sus nervios.

Esperaba con ansia la llegada de la tarde. Los oficios y distracciones con que antes mataba su tiempo, sin sentir ahora, le fastidiaban. Prefería entre todos la costura, que le dejaba pensar libremente. Horas enteras se pasaba cosiendo con la imagen de Ricardo viva en su imaginación. Ella no sólo no la rechazaba, sino que la atraía, sin ensueños de amor, sin locas esperanzas, de una manera sencilla, como

un dulce y grato pasatiempo. Después, cuando era hora de ir á la iglesia, se arreglaba cuidadosamente; ponía esmero muy especial en su tocado, y al salir á la carretera, sentía como si se ensanchara su corazón dentro del pecho.

Cierto día Catalina no pudo hacer su acostumbrada excursión á Desamparados. Sentíase mal, un fuerte dolor de cabeza le atenaceaba las sienes. La noche última acababa de dormirse cuando vió en sueños el jardín del colegio y en él, bajo un árbol muy lindo, que por cierto no había existido jamás, se le apareció Ricardo besando á Margarita Núñez y estrechándola amorosamente entre sus brazos. Cuando se despertó su rostro estaba inundado de lágrimas y su corazón latía con fuerza. No pudo dormir más; tristes pensamientos se revolvían en su cere-

bro y la mantenían en constante agitación. Cuando llegó la mañana, después de haber dado vueltas y revueltas en el lecho toda la noche, estaba rendida: profundas y violáceas ojeras circundaban sus párpados y los colores de vaga púrpura que siempre animaban su rostro habían huído; lo cubría mortal palidez. El día todo lo pasó febril, llena de preocupaciones, abrumada por invencible malestar. Comprendió que no tendría fuerzas para llegar hasta Desamparados y decidió ir únicamente á la ermita del pueblo, donde todo el mes de mayo se rezaba, al atardecer, un rosario en honor de la madre de Jesús. Cuando llegó la hora en que acostumbraba salir todos los días, una violenta agitación nerviosa se apoderó de ella; no podía estar un momento en reposo. Limpió cuidadosamente las jaulas de sus

pájaros; debanó un poco de seda que tenía lista para unas marcas; arregló su armario. Tenía necesidad de movimiento, de agitación. Una idea pertinaz torturaba su cerebro; la de no ver á Ricardo. ¿Sería posible? ¿Cómo conseguirlo? Varias veces pensó en hacer su acostumbrada peregrinación, pero se encontraba tan mal, había sufrido tanto, que no tenía valor para emprender el camino. Al fin deseosa de saber, siquiera, algo del joven, de recibir las flores acostumbradas, mandó por ellas con Francisco su hermano mayor.

Ricardo al ver llegar al muchacho solo, sintió una corriente de nieve que circuló por sus venas. Nunca se hubiera imaginado que pudiera causarle tan hondo disgusto el dejar de ver una sola tarde á Catalina. Entregó las flores al muchacho: un ramillete, cuidadosamente arre-

glado por él, donde se advertían todas las minuciosidades de una labor hecha al amparo del cariño; después se retiró á su cuarto; no estaba menos nervioso que Catalina. Tomó un libro y comenzó á leer: inútil intento; las páginas pasaban bajo sus ojos como bajo un puente las ondas de un río; sin advertirlas, sin comprenderlas. Bajó al jardín y comenzó á pasearse; quiso enredar una planta y no pudo. Al fin como guiado por fuerza superior, se dirigió á la casa, tomó su sombrero y se echó á la calle con rumbo á la ermita. Quebrantaba sus propósitos: dejaba su reclusión; salía de la casa que se había asignado como retiro todo el tiempo que su padre infeliz estuviera en la cárcel.

XIII

La tarde agonizaba en un crepúsculo tranquilo. Los últimos fulgores del día derramaban sobre el mundo un polvo de ocre pálido, mientras las sombras, como una niebla gris, descendían lentamente. Ricardo con los ojos fijos en el polvoriento camino marchaba tímidamente, con la timidez propia del que ha permanecido largo tiempo apartado de la comunión de los hombres. La calle estaba casi solitaria. A una y otra parte extendíanse las cercas distintas en su aparente monotonía. Las unas eran hechas de nopales apiñados que entrelazaban sus hojas ovaladas, carnosas, de un verde brillante

y profundo, rematadas por botones color de púrpura, como los labios de una virgen encendidos por la quemadura de un beso; otras las formaban *poroes* alineados, que soltaban al aire sus ramas desnudas, chapeadas de películas terrosas y que ofrecían en sus extremos flores rojas también; pero de un rojo vivo color de ascua; y las había que eran simples alambres espigados, tendidos en forma de pauta, sobre cuyos hilos de plata se retorcían las ramas de los rosales campes- tres; pero en todas, sin excep- ción, se encontraban los *itavos* ostentando sobre su tronco gen- til un ramillete de bayonetas verdes rematado en un penacho de flores blancas, en torno de las cuales revoloteaban con su vuelo temblador, los colibríes de plumaje irisado, hundiendo su pico largo entre la albura de las corolas, para embriagarse con el

néctar de los cáliz. A distancias desiguales se hallaban unas cuantas casas en sombras todavía. A la puerta y sobre el borde del camino jugaban los chiquillos: casi desnudos los más pequeños, con sus camisitas de faldas cortas que apenas tapaban los ombligos; sucios y rotos los mayores, silvando, con los mugrientos hociquillos estirados, ó fumando á hurtadillas el cigarro de torcida procedencia; confundidos unos y otros con los perros flacuchos y sarnosos que dormitaban bajo el sopor del hambre, sobre la tierra tibia, clavada la cabeza entre las patas, la cual levantaban por instantes para ladrar, como en cumplimiento de un penoso deber. Era la entrada del pueblo. Ricardo pasaba indiferente á todo; pero atraído por la vida que comenzaba á sentirse fijaba sus ojos fríamente en una y otra parte

de la carretera. De pronto se detuvo como asombrado: acababa de reconocer la casa de Catalina. ¡Que bien la recordaba! erguida sobre una pequeña altura, con su tejado rojizo, su ancho corredor de pilares azules, unas jaulas doradas pendientes entre pilar y pilar y su patio limpio, al cual daba acceso un puente que cabalgaba sobre una honda zanja, formado de troncos rectos, redondos é íntimamente unidos. Breves momentos estuvo contemplando aquella casa con un placer íntimo de que él mismo no se daba cuenta; después prosiguió su camino. La ermita no estaba lejos: pronto la descubrió: con su aspecto de casa de campo en el medio de un lote sin cultivo circundado por una cerca de piedra. A la entrada dos grandes cipreses ostentaban sus copas de un verde oscuro, sucias por la estación, é inclinados

sobre el techo de la ermita con dignidad protectora. Cientos de golondrinas revoloteaban sobre el tejado. Se alzaban repique-teando con sus alas negras, para descender como dardos y volverse á elevar con la gentileza de un patinador que se inclina en las curvas. Por momentos se detenían sobre las dos campanitas colgadas en el corredor que hacia de atrio, y sobre aquella superficie brillante, parecían, con su ropaje de terciopelo, moscas de tamaño colosal. Allá, en el fondo de la nave, se veía entre su pintado camarín, brillante por la luz de los cirios, á San Rafael vestido de verde esmaltado, con guarniciones de oro, desnuda la pierna, y al brazo el pescado de escamas argentinas y ojos redondos y brillantes. Frente al altar un grupo de mujeres rezaba el rosario, llenando por momentos la ermita con el

murmullo ronco de los trozos corales que semejaban el murmullo apagado de un torrente.

Ricardo esperaba en el atrio. Cuando el rosario concluyó, al salir Catalina y encontrarse con el joven, no pudo contener una exclamación de suprema alegría.

—¿Ud. aquí? y su rostro se bañó de púrpura y sus ojos se entornaron llenos de confusión. Su cuerpo temblaba.

—Me hubiera sido imposible quedarme sin verla, dijo él con la misma sinceridad, con el mismo placer.

La tarde había cerrado casi por completo; entre los árboles se veían manchas de luz que esparcían las casas ya iluminadas. Los jóvenes emprendieron el camino. Ella iba loca de contento. La llegada de Ricardo encerraba para ella una dulce revelación. Hablaba sin cesar.

—¡Qué lindo el San Rafael—
¿se fijó?

Y luego hablando de la ermita y de las golondrinas que entorno revoloteaban agregó:

—Sabe Ud. por qué en las iglesias y en los lugares sagrados les gusta más á las golondrinas hacer sus nidos?—Y como Ricardo sonriese, con aire de ignorancia, ella repuso:—se lo voy á contar, pero no se burle. Cuando Jesucristo estaba clavado en la cruz, esos animalitos comenzaron á quitarle las espinas de la corona que se le enterraban en la frente y el Señor entonces las bendijo, y como son pájaros benditos les gustan las iglesias. No crea que es cosa inventada por mí. Así nos lo contó Sor Eufemia una vez que cojimos una golondrina y nos obligó á soltarla.

Catalina se detuvo: habían llegado frente á su casa embargados en su conversación.

—Pero que corto, que corto se me ha hecho el camino,—exclamó Ricardo con tal expresión de tristeza y envolviéndola en una mirada de tan honda ternura, que ella advirtió con amable solitud:

—Eso no importa; entre á casa; Ud. puede quedarse todo el tiempo que quiera.

Ricardo vaciló un momento; en seguida, todas sus ideas de reclusión y aislamiento le asaltaron; tuvo por una apostasía el paseo de aquella tarde, y tembló ante la idea de tener que tratar con otra persona que no fuese Catalina.

—Adiós—dijo tendiéndole la mano, y se alejó con paso rápido como temeroso de quebrantar los designios de su voluntad. La noche había cerrado y en el cielo, sobre un fondo obscuro, como una constelación de chispas brillaban apacibles las estrellas.

XIV

Al día siguiente Ricardo no se contentó con dar á Catalina el acostumbrado ramillete de flores, quiso acompañarla hasta la cañada en cuyo fondo el Horco retorció convulso su hilo de plata, adelgazado por la ya larga ausencia del invierno. La tarde á la inversa de la del día anterior, que había sido triste y apagada, era alegre y luminosa. Moría el sol con la pompa de un magnate oriental, infundiendo en todo el sello de su postrer esplendor. A lo lejos se veían, turbando la aparente monotonía del color, las plantaciones de caña bañando en luz sus manojos de espadas verdes, de un verde tier-

no que agonizaba en amarillo hacia la base. Los montes vecinos con su variedad de cultivos, cortados en desiguales figuras, distintos en su tonalidad semejabán un dechado, obra de mano torpe hecho con lanas color de musgo, color de mar, color de esmeralda. Los cafetos, próximos casi todos al camino reflejaban la luz sobre sus hojas de esmalte, donde hormigueaba el oro, y lucían sus flores como estrellitas de marfil que la gran labor de la naturaleza debía transformar en granos de rubí. Los pájaros se habían dado cita para cantar y revolotear. Preludiaban los yigüirros su gorgojo aflautado, cadencioso, triste.

—Llaman el agua,—dijo Catalina á Ricardo, entre tanto los cantores seguían paseándose por las ramas imperturbables en su plañidera canción. De cuando en cuando descendían de las al-

tas copas al suelo y con su ropaje desteñado y terroso, semejaban hojas secas arrancadas del árbol por la brisa del atardecer. Los cardenales, orgullosos de su plumaje de púrpura, saltaban como flores de fuego, con sus cuerpos sangrientos de ave herida. Caprichosos, ligeros, sin casi dejar ver su veste atabacada, dueños de los arbustos, brincoteaban ágiles los comemaíz y las tórtolas, algunas parejas, enseñando la unión y el cariño, caminaban sobre la carretera con su pasito menudo de arrastre y su arrullo que iba á confundirse en las infinitas plácidas notas del día agonizante.

Ricardo se sentía ebrio de amor, lleno de supremas ternuras. Encontraba sana su alma; ya no manaban sangre sus heridas. Hacía calor y el rostro de Catalina estaba cubierto por un tinte de púrpura que era una

nueva nota de vida en la secreta animación de aquel crepúsculo.

—Hasta aquí la acompaño dijo Ricardo cuando estuvieron á las márgenes del riachuelo. La esperaré aquí.

—¿No llega hasta la iglesia? ¿no quiere ir á rezar á la Virgen?

Una ligera sombra pasó por la frente del joven y tendiendo la mano á Catalina añadió:

—No puedo. Ud. me ha hecho olvidar mis angustias, mis dolores; pero los demás no han olvidado mi desgracia: hay muchas gentes que me conocen en la villa y no quiero verlas. Eso tal vez reavivaría mi pena y yo quiero saborear á gusto esta inmensa felicidad que me ha traído Ud. en las horas amargas.

Los ojos de Catalina se habían humedecido y se alejó sin pronunciar una sola palabra. Cuando su gentil figura se perdió en-

tre los serpenteos del camino, Ricardo fué á sentarse sobre el curtido tronco de un árbol que como deseoso de contemplarse en el espejo del agua, se había inclinado casi horizontal sobre el arroyo. Allí, balanceando sus pies sobre las ~~hondas~~, se puso á meditar en la bondad, en la dulzura, en el alma ingenua de Catalina. La natural ternura que brota de las almas que sufren, acrecentaba en el joven la bondad, la timidez de la virgen. El que no esperaba en aquellos momentos sino miradas hoscas y despreciativas, se encontraba con que aquellos ojos dulces, aquellos ojos de Niño Dios, se fijaban en él apasionados, humildes. Su secreto optimismo le hizo verlo todo de color de rosa: cuanto había sucedido era para su bien. En vez de haberse casado con una mujer de cálculo, sin amor, sedu-

cido por su fortuna, encontraba una niña inocente que le amaba por él, nada más que por él. Cuando su padre saliera de la cárcel, como estaba seguro, en aquel momento, de que saldría, aquí en su retiro de ahora construiría una casa elegante, y apartados del mundo, sin locas ambiciones ni grandes desengaños, vivirían en unión de Catalina, la compañera de sus días tristes. Ella entre tanto, sin forjar sueños, no atreviéndose á dar cabida en su alma á tanta felicidad, pensaba en Ricardo, de una manera vaga; sentía que sus palabras le vibraban en los oídos, que el contacto de su mano le hacía temblar, que la envolvían sus miradas produciéndola una sensación tibia y acariciante. En el templo no pudo rezar: entre los cantos laudatorios á la madre de Dios percibía como una condensación de todas las voces, las

palabras de Ricardo y con extraña ceguera, cual si no fuese capaz sino de ver hacia el fondo de sí misma, ante sus ojos se perdían en una confusión amarillenta: la Virgen con su traje blanco deshecho en largos pliegues, los cirios que en la penumbra dejaban ver el arranque de sus fulgores, semejando radiantes custodias, los túmulos de flores y las nubes de incienso. Antes de concluirse la festividad abandonó la iglesia. Le era imposible permanecer más en ella. El pensamiento de que Ricardo la esperaba no le permitía tener sosiego.

Cuando éste, que no apartaba los ojos del camino, la vió venir, corrió á su encuentro.

—¡Cómo me ha hecho Ud. esperar!

—No sé—dijo ella medio turbada, hoy nos han detenido más tiempo que nunca, tanto

que hube de salirme antes que todo se acabara; tenía pena por Ud.

Hubo un momento de silencio. Él sentía cosquillar en sus labios las frases amorosas; ella, como dominada por un hondo presentimiento, temblaba de emoción.

—Si supiera lo que he pensado mientras Ud. estaba ausente?—repuso él, al fin.

Ella no se atrevió á preguntar de palabra, pero sus ojos interrogaron expresivamente.

—No, no he pensado—agregó él, como rectificando—he soñado cosas imposibles, pero tan bellas. Imagínese Ud.—y al decir esto su voz temblaba—que he visto á mi padre libre, en una bonita casa construída en el mismo lugar en que hoy está la que ocupo y..... ¿para qué decirle lo demás? Sueños, ya le he dicho que son sueños.